

Lorenzo Oliván, *Para una teoría de las distancias*, Barcelona, Tusquets, col. Nuevos Textos Sagrados, 2018, 125 págs.

Esta reseña está sujeta a una [licencia "Creative Commons Reconocimiento-No Comercial" \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.11.2020.XIII-XVI>

Para una teoría de las distancias profundiza y dialoga con la propia trayectoria, reafirmando la voz autorial, teniendo en cuenta que el poeta es consciente del valor de la tradición: «Y hablas también por voces / que se sedimentaron en tu voz.» (p. 89, de «Bisagras»), puesto que la tradición es eso, una elección o sedimento propio que se cuestiona a sí mismo: «¿La descomposición / de fantasmales vínculos de sangre / lleva a leer todas las tradiciones / como modos secretos de traición?» (p. 119, de «Espacio abierto»). Precisamente «Espacio abierto» se titula la segunda sección de este *Para una teoría de las distancias*, que de manera homónima da nombre a su primera sección. Libro intenso y extenso, desde el primer poema, «La ventana» (pp. 17-18), el sujeto verbal se sitúa en un lugar privilegiado desde donde contempla. La contemplación, además, un sentido *sui generis* platónico e idealista, se presentará como una fuente de placer en medio de la confusión y el caos del mundo, como en «La belleza humaniza todo lo que destroza» (pp. 67-68). Se trata de una contemplación que busca el impresionismo perceptivo, lo sutil que se esconde y que caza al vuelo la poesía, apuntando una dinámica de buceo, destacando lo no mostrado a simple vista. Por eso en ocasiones se toca con lo irracional, con lo onírico, con la alucinación incluso. Frente a un platonismo tradicional que fija ideas e imágenes, en la poesía de Lorenzo Oliván se persigue la propia energía cambiante imaginista, que deshace arquetipos y visiones fosilizadas.

Esa podría ser una de las propuestas poéticas del libro, entre las muchas que encontraríamos (véase también «El mundo empieza», p. 31), y que se complementa con una suerte de análisis de la relación de las emociones y los sentidos, que toman cuerpo en «Las percepciones islas» (pp. 19-20), poema no exento de paradoja —«Quiero que te hagas noche, / que halles en ti la negación que afirma» (ibíd.)», y que de por sí explicaría la propuesta sensista de Oliván. La dialéctica paradójica aparecerá en diferentes momentos, cercana incluso a las tautologías: «El fuego / mira / y no mira // El fuego / habla / y no habla» (p. 61, de «Algo así»), o «La gravedad se vence con lo grave» (p. 49, de «Canto rodado»). «Canto rodado», por cierto, es una de las composiciones más conseguidas, evolucionando a través del girar y del

movimiento —tan presente en el poemario— del canto sensual y nocturno como canción, al canto rodado y sensitivo como piedra que se ha pulido con el paso de los años y las vueltas. Gravedad en diversas intensidades.

El poema «Los sentidos» (pp. 75-76) presenta algunos recursos de acendrada búsqueda epistemológica en la relación entre las palabras y las cosas, «Esconde cada cosa en sí el secreto / de la mejor distancia» (p. 75), en los abismos de la significación, a través de la perspectiva que se despliega desde nuestra subjetividad hasta la objetividad, esta última al menos teórica: «Por eso yo me muevo al observar, / para que el movimiento / de mis ojos pensantes / transforme mis sentidos, / transforme —en mí, en las cosas— / los sentidos.» (p. 76), acentuando el carácter reflexivo. La realidad se presenta cambiante, proteica y fluida, e igual nosotros, que discurrimos por ella. De ahí que se segregue esa percepción única, singular, que atrapa en el instante lo que se siente solo una vez. Por tanto, asistimos a una «Realidad otra» (pp. 27-28) donde se mezclan sinestésicamente los sentidos: «¿Hay alucinaciones en el tacto, en el gusto, / ligados en exceso a la materia? / ¿Hay alucinaciones del olfato, / el sentido en el límite [...]?» (p. 27). Por eso en «La desnudez (Una visión)» (p. 57) se afirma: «Pueden mis ojos convertirse en islas.» (ibíd.).

A partir de esta especial sensibilidad, o decantada manera de ver el mundo, reconocerlo, nombrarlo y tocarlo, comprendemos que Lorenzo Oliván escribe *Para una teoría de las distancias* a sabiendas de que el poeta es un ser dotado de una —al menos una— capacidad distinta: «Escribir poesía es de algún modo / estar enfermo de buscar ventanas.» (p. 17, de «La ventana»), dándole una vuelta de tuerca a la noción de poeta visionario, ensimismado y atento a un mismo tiempo a los avatares de la realidad y nuestra perentoria percepción. Por eso la luz cobra tanta importancia en el poemario: «La intensidad no dura. / Hasta la luz, / para poder pensarla, / sentirla como luz, / se aleja a cada instante de sí misma.» (p. 19, de «Las percepciones islas»). Desde el conocimiento de que la palabra es un instrumento con reminiscencias —la poesía «ignora los límites», p. 45— sagradas que, sin embargo, se encarnan: «y te nacieron a ese gran misterio / del verbo —confundiéndose en susurros— / vuelto de pronto carne.» (p. 116, de «Formas de expresión»), el poeta se encuentra encumbrado «En el más alto vértice» (pp. 25-26) flotando en el líquido amniótico uterino, retrotrayéndose hacia el origen del origen, más allá del bien y del mal, para desarrollar desde ahí el programa del poeta visionario, o faro, quizá no de la sociedad, pero sí en cualquier caso en la búsqueda de esa particular trascendencia que se tematiza en la poesía, que se plasma en el poema, auscultando el origen inefable y etéreo de nuestro propio ser, en el sentido heideggeriano —el poeta

es el pastor del ser, por lo tanto del lenguaje— y por tanto de nuestra identidad, sin alcanzar más resultados que la propia poesía (la «aventura», concluirá en «Finisterre», p. 123, último texto del poemario) como experiencia textual, como desenlace compositivo, hasta sus consecuencias impredecibles, fruto de la deriva en la que vivimos, en el libro que siempre nos quedará por escribir. Alucinaciones y visiones pueblan no en vano las páginas de *Para una teoría de las distancias*... Así que —diríamos— el poeta corre el serio riesgo de convertirse en vate, eso sí, sin las ínfulas retóricas y solemnes del siglo XIX, según ese «éxtasis del mirar» (p. 40) con ojos hipnotizados: «Se disponen los ojos / en círculos concéntricos» (p. 28)... Y de hecho Lorenzo Oliván sabe medir como pocos de su generación este lenguaje de dos filos, uno de ellos metafísico, que no buscan ningún Dios sino que se redondea desde la metapoética, «¿Qué me dibuja más, / todo aquello que digo / o lo que no?» (p. 77, de «Con menos luz»), y el discurrir de sus senderos, o destellos, contrarrestando el posible vértigo de la elevación, y del juego especulativo, con «A escala aquí la vida» (p. 29) y un nutrido grupo de poemas amorosos como «Era la hora» (pp. 39-41) o «El otro hilo de Ariadna» (p. 63), entre otros, que llevan a poner al lector un pie en el suelo y entablar una conversación entre lo alto y lo bajo, entre lo sublime y lo cotidiano. El poeta va de lo material a lo ideal, véase «Quemadura» (p. 79), como de lo ideal a lo material, véase «Te escucho con los ojos» (pp. 85-86). De otro modo, «Retrato en movimiento» (pp. 45-46) resumen bien lo que estamos exponiendo, elaborando una mirada gestáltica, y en el poema anterior, «Juego de imanes» (pp. 43-44), presenciamos una meditación que nos perfila: «Nunca la alteridad / definió más tu ser, / ni nunca otra mirada / corrió a fundirse así // hacia tu identidad / ya siempre en fuga.» (p. 44). El poeta pone distancias —de ahí el significativo título del volumen— a la hora de medir el mundo, cuestionándose a sí mismo y concibiéndose como un ser dialógico y no monológico, en constante cambio y movimiento. Un sujeto poliédrico. Una de esas herramientas para marcar distancias, a veces también como mecanismo de defensa, es la abstracción, que viene expresada por ejemplo en «El casi no lugar» (p. 111), y que imprime un sello racionalista y depurado a todo ese esencialismo de «El primer hombre» (pp. 21-23) que es todos los hombres y es Nadie (ibíd.), u «Origen» (pp. 59-60): fin de la espiral del pensamiento que, como no podría ser menos, acaba en nada. «Lo esencial / de otra forma», apostilla en «Algo así» (p. 61), siempre buscando el centro: «Eres el vivo centro / de las más plena, abierta / posibilidad.» (pp. 65-66, de «Raíz de impulso»). O: «Puedes llamarlo ser / pozo insondable de la identidad / hilván del alma en fuga / vértice indefinido de ti mismo» (p. 69, de «Eje»).

Con todos estos argumentos, y mucho más que podríamos añadir, simplemente queremos recomendar este poemario lleno y cargado de fuerza, y de una voz, la de Lorenzo Oliván, siempre magmática y referente en la poesía española contemporánea.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada (España)
jca@ugr.es